

»En ese momento se levantó bruscamente, cogió un libro y empezó a leer sin decir ni una palabra, ni una mirada, ni una señal de que reconociera mi presencia. Retrocedí asombrada, atónita. No estaba loco, pero ¿cómo podía justificarse que yo fuera objeto de ese trato? ¿Por qué no hablaba? Seguramente, si mi presencia no era bienvenida, me lo diría; si temía que me descubrieran, tomaría medidas para ocultarme; si yo seguía siendo la misma que antes para él, me estrecharía en sus brazos y me saludaría. De todos modos, no podía justificar la recepción que me hizo excepto sobre la base de esa cruel sugerencia de que sólo era víctima de un sueño. Dios sabe que mi sufrimiento era real; si algo más lo fuera a corroborar, lo determinaría en breve, porque yo observaría y esperaría. Poco más tarde le reproché su conducta, para ver si eso podía obtener una respuesta; pero él se limitaba a sonreír y, cansinamente, dejó a un lado su libro, se volvió hacia alguien a quien yo no podía ver y dijo: “¿Le dirás a tu mamá que deseo hablar con ella?”.

»¿Qué quería decir? ¿Qué era cualquier otra mujer para él cuando yo estaba presente? ¿Era posible que, después de todo, hubiera vuelto con Sadie y quisiera que ella estuviera cerca para presenciar mi humillación? Todos mis viejos celos se despertaron ante el pensamiento, y un frenesí repentino me llevó más allá de toda restricción, anticipando la escena que se avecinaba. Sentí que entraba un extraño, pero no podía ver ni oír quién era, un hecho que se sumó considerablemente al misterio y al terror que me poseía. ¿Era yo igualmente invisible e inaudible para ella? Así parecía, porque aunque oía cada palabra que pronunciaba Charlie, veía cada movimiento que hacía, y podía entender que la conversación no hacía la más mínima referencia a mí, seguía siendo ignorada tan completamente como si no hubiera existido.

«¿Era posible que estuvieran representando un papel arreglado para volverme loca? ¿Quién era esa mujer? ¡Oh, Dios! ¡Ojalá haber estado tan sorda y ciega a la conducta de Charlie como yo lo estaba para con ella! No era Sadie, pero lo oí llamarla por un nombre que nunca podría haberme dado. Entonces supe de su bajeza y traición, encontré una explicación completa de la conducta que había recibido. Simplemente se estaba burlando de mí. Tanto si ella era consciente de mi proximidad como si no, él lo sabía; había conseguido mi presencia para que yo pudiera presenciar su felicidad con una rival que me había suplantado, tal como yo se lo había arrebatado a Sadie, para así poder reírse al ver cómo el conocimiento de ello me torturaría. Esto era demasiado. La certeza de su deserción me enloquecía; pero presenciar sus intercambios amorosos con mi rival me incitaba a un frenesí diabólico, y decidí matarlo ante sus ojos [*los ojos de ella*]. ¡Ay! Antes de que tuviera tiempo de moverme, la luz que lo rodeaba se apagó y quedé de nuevo en esa oscuridad egipcia, temerosa de moverme a causa del terror que regresó con mi ceguera.

»Todavía podía oírlo; peor aún, podía oírla a ella; escuchaba sin el poder de taparme los oídos o impedir darme cuenta de lo que ella le decía y cómo lo llamaba. La rabia y los celos atormentaban y se burlaban de mi impotencia, hasta que me preparé para seguir el sonido y ejecutar mi venganza dejándolos muertos uno al lado del otro. ¡Horror! Cuando quise matarlos, descubrí que era tan incapaz de moverme como de ver, y me vi obligada a permanecer de pie y escuchar su perfidia, incapaz de emitir un sonido que ahogara los ecos de sus caricias.

»Mil veces hubiera elegido la petrificación gradual de mi estado anterior; las torturas del infierno aumentaban; ¿era posible que pudiera contener [*el infierno*] algo más insoportable que mi castigo actual? Recé para volverme loca, para que en mi locura pudiera encontrar alivio de tan agudo dolor; pero mi oración volvió como un chorro de plomo fundido que cayó sobre mi cabeza y quemó canales de fuego en mi cerebro, aumentando mi agonía cien veces más y haciéndome consciente de que mi retribución real apenas estaba comenzando; que continuaría aumentando y que me vería

obligada a soportarla, ya que no había escapatoria posible. Estaba encadenada a él, y durante períodos de tiempo, que parecían largos como la eternidad, tuve que soportar este indescriptible desarrollo de un castigo atroz, con cada nervio acelerado en una sensación de sentimiento que desafía la descripción, mientras que la propia memoria no es lo suficientemente fuerte para captar su intensidad. La locura no podía venir en mi ayuda; la muerte no podía escuchar mis súplicas; la insensibilidad estaba paralizada y no podía acercarse a mí; la piedad estaba más allá del alcance de mis lamentos, y la misericordia no tenía poder para entrar en el dominio en el que estaba prisionera.

»¿Qué podía hacer? ¡Sólo sufrir! ¿Por qué nadie me despertaba de tan horrible pesadilla? Gritaba, pero nadie me respondía. Estaba en todas las agonías del infierno sin siquiera el pobre consuelo de estar sufriendo en compañía. No podía soportarlo; pero tampoco podía escapar. ¿No había límite posible para la resistencia humana, ningún punto culminante de venganza, por el cual, una vez alcanzado, pudiera saber que mi pecado había sido expiado? Necesitaba ayuda de alguna parte, de cualquier parte, siempre que rompiera la monotonía infernal de mi dolor cada vez mayor.

»Tenía una percepción tan viva y ágil de las exquisitas torturas que se acumulaban a mi alrededor, que gustosamente habría servido con obediencia servil a cualquier poder que se manifestara para cambiar mi condición, aunque sólo fuera para variar el castigo. Si el cese era imposible, me contentaría con aceptar el resto del cambio, y para ello hice una última súplica, aunque mi oración regresara, como en el caso de la que inició mi estado de furia, y grité: "¡Oh, Dios o diablo! ¡Cualquier ser de piedad o crueldad despiadada, escúchame y termina con mis tormentos! Tómame, desgarrame o destrúyeme; ahoga mi razón más allá de toda esperanza de restitución, o, con una ráfaga huracanada de tortura, pon fin a los sentimientos y termina con esta agonía. ¡Infierno! ¡Infierno! Por misericordia, ten piedad de mi condición; abre tus puertas y déjame bañar mis sufrimientos en tu lago de fuego. ¡Infierno! ¡Infierno! Digo, por misericordia, ábreme y déjame entrar!"».

Mientras ella continuaba con su historia, percibí que el presente se desvanecía de su mente y que regresaba, por el momento, sintiendo y soportando un recuerdo del horrible pasado. Gradualmente se transformó en la mujer que había sido una vez hasta que grandes abalorios de sudor aparecieron en su rostro; sus ojos se dilataron con un brillo maníaco y se retorció en los sufrimientos que habían sido una realidad tan terrible. Cuando su fuerza cedió con la intensidad de su último esfuerzo, cayó exhausta a mis pies. Yo también me había dejado llevar tanto por su dramático relato que no me di cuenta en el momento de dónde estábamos; y mientras caía, miré nerviosamente a mi alrededor, casi esperando ver esas puertas míticas abriéndose ante mí en respuesta a su súplica. Fue con un largo suspiro de alivio que reconocí a Cushna y Azena apresurándose hacia nosotros.

«¡Silencio! -dijo con calma, como si la visión le proporcionara una intensa satisfacción-; déjala dormir, pronto estará mejor».

«¡Cushna! -clamé yo- ¿puede ser verdad?».

«Sí, pobre niña, es verdad; y hay mucho más que ella no puede decirte. Llevaba más de veinte años cosechando esa cosecha de sus celos cuando la vi por primera vez».

«Y tú la salvaste. Puedo entender bien por qué su mayor placer es esperar tu llegada».

Pero él estaba demasiado ocupado con Marie como para ofrecer una respuesta.